

“Juicios varios sobre la obra  
Don Quijote en América o sea la cuarta salida  
del ingenioso Hidalgo de La Mancha”



(Cartas)

## **PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN**

Sirvan hoy de prefacio las dos cartas que en seguida copiamos, posteriores a 1906, en que apareció la segunda edición, por cuanto ellas informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905.

«Barbada: 29 de enero de 1907

P. O. Box 182

**Señor D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi ilustre compatriota:

Acabo de recibir la generosa carta de Ud., fecha 7 de diciembre último, y no me extraña la disparidad entre la distancia y la fecha, porque el sobre trae sellos de Norfolk y James Town, y esto sucede con frecuencia.

Hace muchos años que soy devoto admirador de Ud. y cuando veo el desbarajuste a que los llamados modernistas han llevado la producción literaria de nuestra tierra, mi devoción se confunde con el agradecimiento, porque amo mi lengua y reconozco que Ud. es uno de los pocos escritores que toman plausible interés en mantener suspendido el prestigio de Venezuela en la conservación de la gloriosa lengua castellana. Como asiduo lector de cuanto Ud. escribe, conocía yo muchas de las altas dotes que le adornan; pero ni remotamente sospechaba que llevara Ud. la modestia hasta descender a felicitarme y a ofrecerme palabras de generoso y noble estímulo, cuando tan pobres son mis merecimientos, si es que tengo algunos. Lleno de orgullo estaría yo ahora viendo colmada mi ambición con el aplauso de Ud; si no fuera que un sentimiento más discreto y en cierto modo más egoísta, me está deleitando el corazón: usted me ofrece su amistad, me llama amigo, y esta conquista de mi suerte no tiene precio.

Y como no quiero que ni por un solo día se quede nuestra naciente amistad en los términos de la etiqueta, cual si el valioso ofrecimiento de Ud.

no fuese sino un exquisito rasgo de cortesía, empiezo desde hoy a charlar con Ud. ingenua, llana y francamente, en la seguridad de que mi charla tendrá benévola acogida por parte del amigo y maestro. Coincide la carta de Ud. con la publicación de unos articulejos míos en *La Religión*, de Caracas, coincide en fecha, he querido decir; y en el último de esos articulejos hay algo que le toca a Ud. muy de cerca. Si no los ha leído Ud., hágame la merced de solicitar el último, (*La Religión*, fecha 10 de enero) y coteje lo que allí lea referente a Ud. con lo que paso a decirle. (\*)

Hace cosa de año y medio, el doctor Pedro J. Romero me envió, por encargo de *La Religión*, un ejemplar de *D. Quijote en América*, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, pidiéndome un juicio sobre este interesante libro. Leí la obra con sumo interés, saboreé las bellezas de excelente calidad que enriquecen su estilo, admiré una vez más el ingenio del escritor andino, y me negué a escribir lo que se me pedía. —“Si el autor fuera otro —le dije al doctor Romero— me sería fácil publicar mi opinión acerca de *D. Quijote en América*, pero Tulio Febres Cordero es uno de los escritores venezolanos que más respeto y simpatía me inspiran, por las altísimas prendas intelectuales de que viene haciendo gala, y como el libro ha sido generalmente bien recibido, en tanto que mi opinión le es muy adversa, no quiero ni debo salir ahora con una nota discordante. Lo mejor es callar y no dar a los modernistas corruptores de la lengua, el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”.

---

(\*) Los párrafos referentes, tomados de la conclusión de la serie de artículos titulados *Mi cuarto a espadas*, son los siguientes:

"Mas no debo poner punto final, sin llamar la atención del lector hacia lo único bueno que hay en el Ensayo (el de historia crítica de la literatura venezolana en el siglo XIX por el Dr. Gonzalo Picón Febres). Son unas páginas de incalculable trascendencia literaria, en que el autor del Ensayo puso todo su saber, desplegó alas aquilinas, sondeó profundidades inexploradas, y levantó un monumento que será impecadero en la historia de las letras castellanas. Me refiero al estupendísimo paralelo ¡entre don Miguel de Cervantes Saavedra y don Tulio Febres Cordero! ¡entre don Quijote, héroe inmortal de la Mancha, y el doctor Quix, héroe inmortal de San Isidro!

Eso dije, y callé mi adversa opinión, aunque lamentando para mí solo mi propio silencio. ¡Qué lástima de libro! En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispanoamericana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina implorada no sólo en Venezuela, sino desde Méjico hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia.

Pero desgraciadamente esa obra nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible, desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más incommovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la discusión que ilustra ni el anatema que en cierto modo magnifica, sino las sombras más tristes del olvido. Tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio.

Usted –y no podía ser de otro modo– sospechó este severo juicio del mundo, y puso empeño en justificarse; pero el remedio a que Ud. recurrió en el prólogo, agravó la dolencia, no porque haya podido echar mano de otro, que indudablemente no existe, sino porque confesó más explícitamente el –¿lo diré?–, el sacrílego intento de continuar la obra de Cervantes. Si el solo título: D. Quijote en América indispone luego el ánimo sin poderlo remediar; si el subtítulo: la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, no nos deja ya duda de que se trata de una vituperable profanación; si por más que hagamos nos sentimos incapaces de complacer al autor, aplazando nuestro fallo para después de leído todo el libro: ¡cuánto crece nuestro disgusto al ver, por el segundo párrafo del prólogo, que el Quijote americano pretende ser nada menos que el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad!... con solo exteriores diferencias debidas a la diferencia de los tiempos!...

---

"¿No lo has leído, caro lector?"

"Léelo, te ruego, y pídele después al santo de tu devoción que interceda por nosotros para que el Señor nos libre de terremoto y de casos desastrados"

Leído ya todo el libro y viendo que no se trata de una simple travesura literaria, más o menos efímera, en que se satiriza a Cervantes con la burlesca parodia, y “al mejor libro del mundo” con grotescas caricaturas de D. Quijote y de Sancho; sino de un trabajo tan serio y tan sincero como lo requiere el noble y patriótico ideal de combatir males profundos de un pueblo y de una época, se nos hace casi imposible la explicación de nuestras ingratas impresiones.

La crítica dice que entre Cervantes y Hornero, en cuanto genios inimitables, no hay diferencia alguna. ¿Qué diría Ud., qué pensaría y sentiría, si alguno de nuestros mejores poetas compusiera otros veinticuatro cantos de la Iliada, nos asegurase que sus héroes son los mismos de Homero en espíritu y en verdad, y nos presentase a Aquiles cobarde y vestido de turista, a Héctor bellaco y en traje de torero, a Andrómaca desvergonzada y corriendo en bicicleta?... Le digo a Ud. que mis impresiones ante hecho tan inaudito, no son para expresarlas por esta mi torpe pluma, sobrecogida y muda de espanto; pero sí puedo asegurarle que se parecen mucho a las que experimenté con la lectura del estrambótico paralelo escrito por el doctor don Gonzalo Picón Febres y publicado en las páginas 416, 417, 418, 419 y 420 del Ensayo de historia crítica.

Ahí tiene Ud. explicado el por qué de aquellos renglones, y precisado el verdadero blanco a que mi tiro se dirigía; he ahí también mi sincera opinión acerca de D. Quijote en América como obra de imitación. Bien puedo estar equivocado en mis apreciaciones, pero indudablemente he dicho aquí con toda lealtad lo que pienso y lo que siento en el particular. Ocultar a los ojos de Ud. ese sincero juicio mío, me parece pecar contra el respeto que debo al escritor y al amigo, y si desgraciadamente mis ideas adolecen de vulgarísima rudeza en la expresión, no es defecto nuevo en mí, pues jamás he podido aprender ese arte delicado que tanto admiro en los verdaderos escritores, y por el cual se nos hacen amables los pensamientos más amargos y las ideas más crueles.

Bien quisiera yo dar al público esta carta, para responder a ciertas malintencionadas interpretaciones, haciendo ver que para mí el libro de que tratamos, y considerado desde el punto de vista ya dicho, es una simple aberración, incapaz en absoluto de obscurecer los envidiables triunfos intelect-

tuales alcanzados por el egregio escritor andino. Pero esta carta es contestación a una de Ud. y por eso no me creo autorizado para publicarla.

Reitero al maestro y amigo la expresión de mi gratitud, y le ruego no medir por el tamaño de mi rudo intelecto la profundidad de mi sincero afecto.

Su admirador, amigo y compatriota  
**P. Fortoul Hurtado**».

«Mérida, Venezuela, 8 de marzo de 1907

**Señor D. Pedro Fortoul Hurtado**

Barbada

Muy distinguido amigo: Con grata sorpresa he leído su interesante carta de 29 de enero último, contestación a la mía de 7 de diciembre, en que sinceramente lo felicitaba por su chispeante y bien intencionado cuadro de costumbres modernísimas titulado *El día de la Borla*, que vi reproducido en el importante semanario La Voz del Estado de San Cristóbal, y lo excitaba a darse buena mano en proseguir, con tan brillantes armas, esa campaña de tanto beneficio para las letras patrias, aprovechando la propicia ocasión para ofrecerle una amistad de antiguo sentida y profesada, que V. ha acogido con amable y excesiva benevolencia, sentimientos que hoy le reitero con la misma ingenuidad.

Como V. no me conoce personalmente, sino por lo que escribo, y como no siempre corren parejos el estilo y el carácter personal, por más que se diga que el estilo es el hombre, barrunto que haya quedado V. en suspenso o divagando un poco sobre la impresión que haya podido causarme su carta, si de pena o de placer, en vista del juicio adverso que contiene sobre D. Quijote en América; y siento muy de veras que la distancia retarde el momento de sacarlo de esa divagación, si la tuviere, manifestándole que no solamente he leído con placer su gallarda carta, sino que tengo muy justo motivo para estarle agradecido por el ventajoso concepto que de mí se ha

formado, y por el modo mismo, leal y paladino, de comunicarme su contraria opinión sobre la obra citada.

Ha de saber V. que, no obstante haber sido excitado por varios amigos a escribir en defensa de aquel libro, desde que aparecieron sucesivamente los juicios críticos de los distinguidos escritores Semprún, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, Max Grillo, en *El Correo Nacional* de Bogotá, y Picón Febres, en su historia crítica *La literatura venezolana en el siglo XIX*, no lo había hecho por varias causas, siendo la principal de ellas mi respeto a la libertad de juzgar en el terreno literario, que tiene más entradas y salidas que la famosa Tebas; pero ya que V. me dirige epistolarmente una impugnación análoga, voy a exponerle algunas ideas, para que las considere y aprecie, según su leal saber y entender, sin adelantarme a creer que puedan persuadirlo, porque en estas materias tanto tengo yo de infalible como de cristiano el gran Turco.

Como la parte vituperable de la novela dicha, según su sentir, está sustancialmente en considerarla una profanación de la obra inmortal de Cervantes, por haber resucitado y puesto en acción a D. Quijote, a este particular debo ceñirme, confirmando aquí lo que ya dije en la Aclaración o prólogo de la segunda edición, que con esta carta le remito, pues por lo que deduzco, sólo conoce V. el de la primera.

No puedo creer, mi caro amigo, que la admiración y respeto debidos a Cervantes, se vean atropellados porque se pretenda aprovechar la clarísima antorcha que su genio encendió en el mundo, para llevarla a campos necesitados de esa luz benéfica; puesto que si este trabajo de aplicación concreta de la crítica cervantina resultare eficaz y provechoso, la gloria no sería ciertamente del que haya endilgado a D. Quijote por este o aquel camino en los tiempos modernos, sino del mismísimo Cervantes, que produjo un hijo capaz de realizar en su tiempo y en los venideros tan ventajosas empresas.

La obra de Cervantes tiene varias luminosísimas facetas: tanto es la pintura admirable de una época y un libro encantador por su estilo y su lenguaje, como un gran cuadro de costumbres, permanente y universal, porque penetra a fondo en la condición humana, mostrándonos a lo vivo y con rara habilidad los altos y bajos de la vida, el continuo subir a la altura de las más

hermosas ilusiones, y el continuo despeñarse por los barrancos de la dura realidad; pero por encima de estos méritos, está el mayor de todos, el haber sido el Quijote para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento, una sustancia poderosa, que ora se queme en cañones y morteros, ora en trabucos y escopetas, y hasta en la simple carabina de Ambrosio, y bien pueda reventar como un trueno, bien como un triquitraque, siempre será la pólvora, y una arma de combate de que todos pueden hacer uso, sin que el poco o ningún acierto de los tiradores pueda tomarse como burla u ofensa hecha a su célebre inventor.

El Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana, sino más bien se le rinde homenaje y se le da en la vena del gusto, llamándolo, como he hecho yo, cuando de él se necesita, para acabar con un gigantazo como este del extranjerismo pedantesco, que se nos ha metido de rondón en las Repúblicas hispanoamericanas.

Y no es esta una opinión *ad hoc*, para defenderme en el presente caso, sino doctrina establecida de antaño en los dominios de la crítica, porque la idea de aprovechar y continuar en este sentido la obra de Cervantes, si nueva en Hispano América, no lo es por cierto en Europa, pues ha sido llevada a cabo en España y en Francia por muchos escritores de nota y en diversas épocas. Ahora verá V. lo que dice a este respecto un literato español tan concienzudo y erudito en la materia como D. José M. Asensio, de la Real Academia de la Historia, inventor del vocablo cervantista, y autor de numerosos y profundos estudios históricos, bibliográficos y filosóficos sobre el Quijote, fruto de una consagración especial de cuarenta años, según lo dice su prologuista el Dr. Thebussen, estudios publicados en un libro con el título de Cervantes y sus Obras (Barcelona, F. Seix, Editor, 1902), obra que se recomienda sola por la serena y jugosa crítica que brilla en sus páginas.

“Tengo para mí –dice el docto crítico– que el mayor tributo que a un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones”. Y en un párrafo siguiente, que copio íntegro, explana más el parecer sobre el particular:

“Pero al hablar de los continuadores del Quijote, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden homenaje al talento del gran inventor. Avellaneda fue un émulo, un envidioso ruin y artero; los demás continuadores forman en línea con toda la falanje apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto”.

Tal es el juicio de uno de los que pudiéramos llamar sumos sacerdotes del culto cervantino, juicio que no aparece formulado así, de paso, sino como idea sustancial en un estudio expreso titulado *Los continuadores de El Ingenioso Hidalgo*.

Cabe citar aquí lo que dice otro literato español de mucho renombre y cervantista consumado, D. Miguel de Unamuno, en su *Vida de D. Quijote y Sancho*, libro que bien pudiera llamarse un comentario filosófico de la obra de Cervantes. Dice así: “¿Pero es que creéis que D. Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto, que el muerto, y bien muerto, es Cervantes que quiso matarle, y no D. Quijote. Hay quien cree que resucitó al tercer día, y que volverá a la tierra en carne mortal y a hacer de las suyas”. Y Unamuno no se ha escandalizado al leer el Quijote indiano, sino al contrario, pues me dice en la galante dedicatoria de un ejemplar de su citada obra, que le está dando buenos ratos y que ha de decir de él mucho bueno.

Tampoco se escandalizó Gil Fortoul, crítico tan sagaz como experimentado, ante esta resurrección del Quijote. Cuando leyó el libro, me escribió lo siguiente, entre otras frases de sincera aprobación: “Anduvo usted más acertado que Montalvo en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (obra, en mi entender, de puro pasatiempo, y diletantismo arcaico). La idea iniciativa de usted es más original. Vivo placer me ha causado la resurrección del Caballero y su escudero, y mayor todavía verlos entrar a nuestra tierra en aventuras modernas o modernistas. Y el final es digno del principio”.

Y menos todavía se escandalizó Juan de Dios Méndez hijo, que días

antes había clamado por tal resurrección: “Recuerdo, me dice, que en un editorial que escribí para La Semana (creo que sobre las teorías de Nietzsche) terminé preguntando: ¿No habrá un Cide Hamete Benengeli para estos caballeros pensantes? ¿No sospechaba yo entonces que tan cerca lo tuviera!” Y a tanto llega el aplauso de este ilustrado escritor, que se lamenta de que la obra no tenga varios tomos.

Estoy perfectamente de acuerdo con V. en que el libro nació para morir, para ser enterrado tarde o temprano en la fosa del olvido, sin lamentaciones ni respuestas, así como también en que nació enfermo, pero en lo que no estamos conformes es en el diagnóstico de la enfermedad que padece, la cual, según su dictamen es tan grave y manifiesta, que basta verlo por fuera, es decir, leerle el título, para exclamar resueltamente, sin más examen: ¡muerto tenemos!

Y si esto fuere así, como V. lo pinta con tanta exaltación y gentileza ¿cómo explicar entonces el hecho de que el libro haya sido generalmente bien recibido, según V. lo dice al doctor Romero? Hecho ciertamente indudable en Venezuela, donde ganó mayor notoriedad por el generoso y espontáneo aplauso que le dio el mismo Presidente de la República, general Cipriano Castro, y también en Colombia, únicos países donde han circulado las dos ediciones que de él se han hecho, pues no llegan a doce los ejemplares que el autor ha remitido a otras partes. ¿Ni cómo se explica tampoco que varios escritores, en distintos puntos de la República, y aun en la misma Colombia, de edad madura unos, y jóvenes otros, hayan elogiado el libro, *motu proprio*, en estudios críticos, más o menos formales, que la prensa ha publicado y reproducido?

Cómo explicarse racionalmente esta buena y general acogida de un libro que a primera vista, en su título y su prólogo, está anunciando un intento sacrílego, una vituperable profanación, un propósito imposible, un temerario desafío a las conclusiones de la crítica universal, tremendos cargos con que V. lo anatematiza?

No se explica, en realidad, sino atribuyéndolo a hechizo, a mágica travesura de alguna desconocida Urganda o algún sabio Alquífe, que haya desfigurado el rostro al Quijote criollo, al grado de presentarlo a sus ojos con esa cara tan espantable, por ser cosa demasiado sabida la mano que tienen los

encantadores y hechiceros en todo lo tocante a vida y hechos del celeberrimo Hidalgo.

No creo aplicable, por carecer de analogía, el chistoso ejemplo que V. idea de la ridícula parodia que se hiciese de la *Ilíada*, pues ésta y el *Quijote* son obras de muy distinta naturaleza, aunque Homero y Cervantes sean iguales como genios; pero no es por esta sola razón la falta de analogía, sino por lo principal del asunto, por todo cuanto dejó dicho, porque ni en el objeto de la novela que nos ocupa, ni en su plan y desenvolvimiento, ni en los mínimos detalles de la narración puede descubrirse el pecaminoso intento de escarnecer los magníficos personajes de Cervantes, ni el de satirizar a éste con una ridícula y descabellada parodia de su gran libro, cosa a la verdad inconcebible. Lo que el autor hace allí es lisa y llanamente poner esos personajes, que son creaciones típicas inmortales, en condiciones de poder repetir ahora, por estos trigos de Hispano América, en pueblos enfermos, la prodigiosa curación que antaño hicieron, dándonos esa medicina de que V. habla, “implorada no sólo en Venezuela sino desde Méjico hasta Buenos Aires”. Y este propósito moral y patriótico más que literario, desempeñado como lo ha permitido mi corto ingenio, está allí tan de manifiesto que puede decirse que se desborda hasta por los márgenes del libro.

De Colombia puedo citarle tres ilustres literatos, a quienes dediqué sendos ejemplares de la novela en cuestión, y que tuvieron la extrema bondad de comunicarme sus impresiones en muy finas y amables cartas.

D. Rafael Pombo, que leyó la *Aclaración* sin conocer todavía el libro, confiesa con mucha gracia que el título lo asustó, porque temió que el autor calumniase al Ingenioso Hidalgo, pero que dicha *Aclaración* lo tranquilizó del todo desde luego; y me dice que leyó después “con sumo gusto, con humor de joven el anunciado capítulo reimpresso aquí, el 23, del gran Dr. Quix y su tigre electrizado”. La reimpresión a que se refiere, lo mismo que la de los dos prólogos de la obra, se hizo en la Unidad de Bogotá, notable periódico dirigido por D. Daniel J. Reyes, en cuyo cuerpo de redactores figuraban Caro, Rivas Groot, Carrasquilla, Gómez Restrepo, León Gómez, Isaza y otros nombres de lo más granado de las letras colombianas. El juicio de tan respetable periódico fue sintético, y se lo copio aquí, porque habla sin espanto de la resurrección del Hidalgo: “D. Quijote en América nos ha parecido un libro

interesante por su intención moral, por la originalidad de presentar redivivo a D. Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo”.

D. José Manuel Marroquin es todavía más explícito, no obstante haberse dicho para sí, cuando llegó a sus oídos el título del libro: “¡en buena se ha metido el autor!” Inicia su autorizada opinión, del todo conforme a la índole y propósitos del libro, de este modo: “D. Quijote en América es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan acordes con las del autor como las mías”. Y termina con este párrafo: “Por fortuna, puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años, lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el D. Quijote en América, y han tenido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan”.

Doña Soledad Acosta de Samper, realza también la obra con su benévola acogida. “Es original en ideas y en estilo, me dice, y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispano América y en España”.

Al hacer estas citas, tan honrosas para mí, no me mueve la vanidad, ni quiero con ello decir que estoy muy pagado de mi obra, ni que la creo invulnerable contra toda censura. Muy al contrario: me mueve el convencimiento de mi propia flaqueza, la necesidad de buscar la autoridad de que carezco en los que la tienen de sobra, para dar firmeza a mis pobres razonamientos. Cierto estoy de que los mismos literatos citados, así como muchos otros hombres versados en letras, que también me han favorecido privadamente con frases de aplauso y simpatía, no han querido con ello expresarme su completa aprobación del libro, y que si escribiesen con detenimiento un juicio sobre él, le harían muchos y justos reparos, porque hay tela donde cortar, pero sí me adelanto a creer que nunca me llegarían a excomulgar, literariamente hablando, como sacrílego ni como hereje, por más que se diga en el prólogo que el de América es el mismo Quijote de Cervantes en espíritu y en verdad. El hábito no hace al monje, y debajo de una mala capa suele haber un buen caballero.

Solicité y leí los párrafos insertos en La Religión, de Caracas, a que V. se refiere, que a la verdad no conocía. Estoy muy lejos de creer que Picón

Febres haya tenido la intención de hacer un paralelo al establecer, como recurso de retórica, la antítesis o contraposición de los dos Quijotes en su juicio crítico ya citado, en el cual –dicho sea al paso– a pesar de los muchos defectos que le anota al criollo, salva sin embargo a su autor del cargo de profanación de la obra de Cervantes.

Mueve a risa, a risa monda y lironda, la sola idea de semejante paralelo ¡entre el libro de Miguel de Cervantes Saavedra y el de Tulio Febres Cordero!... Valiente argumento crítico! Tanto valdría como poner en balanza una bala de cañón y un granito de mostaza, sólo para darse el gusto de comprobar esta verdad de Perogrullo: ¡que pesa más la bala de cañón!...

Como la cosa ha venido a parar en broma, viene bien un cuentecillo, cuya moraleja servirá de elocuente epílogo a cuanto dejo escrito.

Es el caso que representaban varios estudiantes una comedia en un lugar de estas Indias españolas, allá por los tiempos de la guerra de la Independencia, comedia en que figuraba un rey. El alcalde del pueblo, que asistía al espectáculo, era un realista, intolerante y fanático, en extremo celoso de los fueros y prerrogativas reales. Como viera, pues, que al que hacía de rey le daban el título de Majestad y le rendían todos los homenajes que le correspondían, se levantó de súbito con la vara en alto, y se fue sobre el improvisado escenario, exclamando ciego de cólera:

—¡Alto ahí! No tolero que en mi presencia se hagan a un estudiante los honores que sólo se deben a mí Rey y Señor D. Fernando Séptimo!...

Y dicho se está que el celoso alcalde habría hecho las mismas que D. Quijote con los títeres de maese Pedro, si los estudiantes no hubieran puesto los pies en polvorosa, con harto sentimiento de los espectadores, todos realistas, pero no tanto como el alcalde.

Debo manifestarle que de ninguna manera habría visto con disgusto la publicación de su carta, que no por el hecho de tener tan enérgica impugnación, deja de ser muy honrosa para mí, por las inmerecidas frases de personal estima que V. me dedica, y por la conformidad de nuestras ideas y propósitos, que allí resalta, en el sentido de procurar la conservación de la lengua en toda su pureza, y combatir los males y extravagancias de un exagerado modernismo. En prueba de ello, pienso publicarla, para corresponder a sus buenos deseos, haciendo uso de la implícita autorización que contiene;

y publicaré también ésta, para que sepan al menos los que vean brillar en sus diestras manos la lanza de oro con que acomete al Quijote criollo, que no ha quedado muerto de la lanzada, y conozcan la clase de armadura a que debe su salvación.

Justo y hasta caritativo es ponerle ya fin a esta carta, que por lo larga e insípida, es de aquellas que no pueden leerse sin haber hecho antes votos de humildad y paciencia; pero antes debo decirle para concluir, que cualquiera que sea mi suerte en este lance epistolar, como vencedor o como vencido (lo que no me toca decidir), siempre será para mí motivo de prez y justa satisfacción haber sido llamado a caballerosa liza por tan bizarro campeón, cuyas preciadas dotes intelectuales reconozco y admiro con toda sinceridad.

Su afmo. amigo y compatriota

**Tulio Febres Cordero».**





Cúcuta, marzo 17 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

Doy respuesta a su apreciable de 3 del pasado, que leí con especial placer.

Por separado le remito un periódico que contiene un juicio sobre su obra "D. Quijote a América". Este juicio es de Maximiliano Grillo, aventajado escritor de Bogotá, pero un poco inmodesto y pagado de sus conocimientos.

Por eso le parecerá dicho juicio pedantesco y un tanto oloroso a infabilidad de *Magíster Olixit*. Se lo mando porque creo debe leer lo que se escribe en pro y contra de "D. Quijote" y además, quisiera que Ud. le explicase al citado Grillo, apeándolo –si fuese posible– del frágil pedestal de vanagloria en que su nombre se halla situado. También le remito dentro del periódico, un cuadernito intitulado "Resurrección", novela de José Rivas Groot, que es todo un prosista. Es una novelita delicadísima que se puede leer en familia.

Con referencia al asunto de la 2ª edición del Quijote, tengo una lista de unas treinta y cinco personas que pueden comprar la obra al precio señalado por Ud. De modo que, como supongo que Ud. enviará al Táchira unos 80 a 100 ejemplares, dé orden a quien nombre allá de agente, para que me pasen a mi unos 35 que puedo vender por ahora, reservándome para más tarde el hacer diligencias sobre el particular en Pamplona y Bucaramanga y aun en el mismo Bogotá. En cuánto a la suscripción anticipada, ocho personas no más me han ofrecido su valor a la hora que se lo exija; pero como la misma es insignificante, juzgo que no vale la pena mandarla. Y no se imagine Ud. que no he hecho diligencia: por el contrario he tomado interés en el asunto. Y si en mi mano estuviera habría colocado aquí unos ciento ejemplares, pero ha de saber Ud. que si el público lector es abundante, escasea (como casi todo lo bueno) el público comprador.

Una pregunta: ¿Por qué siendo Ud. tan amante de los estudios históricos y habiendo publicado unas cuantas leyendas indígenas, resucitadas de entre los más oscuros vestigios de la tradición, no acomete la empresa

de coleccionar en una obra todos sus escritos de esta índole, agregándole otros relacionados con la historia de la vieja Mérida, rica como la que más en preciosas e ignotas reminiscencias? Sería una obra que vendría a enriquecer la historia patria de Colombia y Venezuela, porque son pocos los que se dedican a esta clase de trabajos, de los más meritorios, en mi humilde concepto...

Luis Febres Cordero

M.s. original

Bogotá 30 de mayo de 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Estimado señor de toda mi consideración: Por uno de los últimos correos venidos de Venezuela, tuve el gusto de recibir su apreciable y amable carta del 28 de abril, así como un interesante libro: "Don Quijote en América."

Aún no he acabado de leer su novela, pero doy a usted los parabienes por ella: es original en idas y en estilo y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, en donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispanoamérica y en España ¿La ha enviado al crítico español, señor Unamuno doctor de la Universidad de Salamanca? Este señor se ha ocupado mucho de la literatura americana.

Las circunstancias económicas de Colombia me han obligado a suspender la revista "Lectura para el hogar", por consiguiente no puedo hablar de "Don Quijote en América" por ahora, pues no escribo en los demás periódicos de Bogotá, pero tendré el gusto de encomiarla sinceramente cuando reanude la publicación de mi revista.

Remito a Ud. por este mismo correo un folleto en que se da cuenta de las fiestas que tuvieron lugar en Bogotá, con motivo del Centenario de la

publicación del Quijote. También envió a U. la primera de una serie de novelas históricas. De estas se ha publicado ya otras en Revistas y probablemente pronto se editará otras en Francia.

Con sentimientos de consideración, quedo de U. a. y s. servidora.

**Soledad Acosta de Samper**

(Firmado)

M.s. original

Bogotá, julio 8 de 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Estimadísimo amigo y señor:

He recibido el libro que Ud. ha tenido la bondad de enviarme. Por no diferir ésta contestación a la apreciable carta de Ud., se la doy de esta fecha sin haber tenido todavía tiempo para leer el libro, el que no dudo será de gran mérito como obra de Ud.

No bien lo haya leído, tendré el gusto de volver a escribir a Ud. manifestándole mi opinión sobre la obra.

¡Que socorridos han sido para mí en mil ocasiones estas frases u otras semejantes!

Por fortuna, ya he recibido un libro y la carta en que el autor me anuncia el envío, sin que yo tenga que echar mano de tales expresiones, ya debo el gozar de esa satisfacción.

“Don Quijote en América” es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan de acuerdo con las del autor como las mías. Todo lo que huele al modernismo que en la obra se vitupera y que se hiere crudamente con el arma del ridículo me carga cuanto no es decible, y me ofende especialmente en cuanto ataca mis creencias

y las sanas costumbres de que en mi tierra quedaban bastantes rastros durante mis primeros años.

Confieso que, al tener noticias de que se había escrito un libro titulado Don Quijote, dije para mí: ¡en buena se ha metido el autor! y seguí diciéndolo aún después de haber leído la Aclaración. Pero, después de haber leído y saboreado el libro, he formado el concepto de que, proponiéndose el fin que Ud. se propuso, esto es, de combatir el modernismo ridiculizándole por medio de la exageración de sus manifestaciones, no era dable formar otro plan para conseguirlo que el que Ud. adoptó.

Ud. tomó a D. Quijote, no como lo habría tomado quien se propusiera seguir llevándolo de aventura en aventura, siempre como caballero andante: Ud. no quiso sino aprovechar aquella falta de juicio que no se enturbiaba sino ciertas facultades, aquel denuedo que nunca le permitía pararse en barras, aquella disposición a refutar posible lo imposible y a encaminarse al logro de lo que él consideraba deber suyo, cualesquiera que fuesen los obstáculos con que tropezaría.

¡Oh! Si como Cervantes dio en tierra con los libros de caballería, hiciera Ud. lo mismo con tantos errores, con tantos embelecos como son los que forman el modernismo extravagante. Pero nuestra época está tan pagada de sí misma y tiene tanta fe en sus desatinos, que se le puede tener por incurable.

Sin embargo, en los ánimos de muchos si hará “Don Quijote en América” el efecto que podemos apetecer los que tenemos la fortuna de saber distinguir lo bueno que hay en lo antiguo y lo que cuerdamente se debe adoptar de lo moderno.

Por fortuna, puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el “Don Quijote en América” y han temido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan.

Muchos años hacía que Ud. y yo habíamos dejado de tener correspondencia. Aunque lo que la ha reanimado no hubiera sido esa tan agradable como lo que ha sido asunto de la carta de Ud. a que me refiero, siempre

había celebrado que hubiera habido motivo para que volvierámos a escribirnos. Así tengo doble motivo para darle a U. las más expresivas gracias por la finura con que me ha favorecido.

De U. afmo. amigo y estimado

**J. Manuel Marroquin**

(Firmado)

M.s. original

Cúcuta 22 de Stbre 1906

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

No había contestado su grata y fina carta del 17 del pasado, esperando acompañar a ella el anuncio de la venta total de los ejemplares del “Quijote” que aun tengo en mi poder. Desgraciadamente, no puedo hacerlo hoy así, porque me falta recuperar el valor de dos a tres que están ya vendidos; creo, a pesar de todo, poder enviar a Ud. antes del fin del presente, o en los principios de Octubre, los fondos que tiene aquí.

De los 15, sé que debo rendirle cuenta, tres envié a Bogotá al Sr. Jorge Roa.

Celebro mucho que el Sr. Marroquin, que es sin duda uno de nuestros más pulcros y correctos escritores, autorizado como el que más para emitir un juicio sobre cualquiera obra literaria, haya escrito a Ud., felicitándole por la publicación de “Don Quijote en América.” En igual sentido aprecio la opinión del D. Rafael Pombo, aunque –según mi humilde modo de entender las cosas– no me atrevo a colocarlo por encima de la del primero. De todas

maneras, las palabras de estos dos notables hombres de letras son para Ud. un alto triunfo, porque la reputación científica de quienes se las dan no se circunscribe a los límites del horizonte colombiano, sino que ha rodado hasta las costas de la Madre Patria y paseándose desde donde empieza hasta donde acaba la colosal cadena de los Andes.

No conozco la última obra de Gonzalo Picón Febres sobre “Historia de la literatura venezolana en la pasada centuria”, aunque he visto muchos elogios sobre ella en la prensa de allá. Poco he leído de su pluma: “El Sargento Felipe y Flor.” Espero que cuando llegue a mis manos el libro que acabó de publicar, lo leeré con atención, y para entonces me reservo el opinar sobre el juicio del Quijote, a fuer de pariente por supuesto, que en ningún caso, con absurdas y necias pretensiones...

Su affmo.

**Luis Febres Cordero**

M.s. original

Caracas: 25 de abril de 1907

**Sr. Dr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Apreciado compatriota:

Hace mucho tiempo que tengo el propósito de darle las gracias por los amenos ratos que me procura Ud. con todo lo que escribe.

Verdaderamente que no me explico, sino atribuyéndolo a mi constante temor de fastidiar a los que adivino, cómo pude dejar de hacerlo, después que hube leído a “Don Quijote en América”.

Hoy sí que no dejo pasar la oportunidad, porque acaba Ud. de darme un nuevo placer con su contestación al eminente filólogo y poeta, don Pedro Fortoul Hurtado.

No creo que haya cometido Ud. ninguna profanación al sacar de la tumba a Don Quijote para que enmiende los errores de sus legítimos descendientes; al contrario, veo en ello un homenaje rendido a Cervantes y a su obra. Usted prueba que él y ella son inmortales, ya que, después de siglos de escrita ésta y muerto aquél, continúan corrigiendo las ridiculeces de la humanidad. Si no temiera pasar por extravagante, diría que, en mi concepto, es un poquito más meritorio que acabar con la vana lectura de los libros de caballería, corregir los muchos y risibles defectos de que adolecemos.

No alcanzo cómo el sabio maestro pueda elogiar, como lo hace en el párrafo quinto de su carta, la obra de Ud., para salir luego asegurando que su opinión sobre ella es adversa. Al oír tal cosa, se me viene sin quererlo a la memoria lo que refieren que declaró en cierta reunión un conciudadano mío: “Juro por Dios que soy ateo”.

Casi sin objeto, porque Bello no necesita que lo defiendan, resucité yo a Cervantes y a Víctor Hugo para que le dieran una lección al jocosísimo crítico español, don Antonio de Valbuena. Si hay irreverencia en resucitar a Don Quijote, mucho mayor lo habrá en resucitar a Cervantes. Opino que no cometí entonces ninguna profanación, y del mismo sentir es el egregio maestro, porque, en su crítica a la obra de don Gonzalo Picón Febres, elogia mis humildes artículos.

Aunque no tengo la honra de conocer a Ud., sino muchos deseos de ser su amigo, voy a permitirme una franqueza: ¿Tiene Ud. la seguridad de ser el autor de Don Quijote en América?... se lo pregunto porque, soy un tanto espiritista y, en ocasiones, al ver tal semejanza de estilo y de intención entre los dos Quijotes, he llegado a imaginar que por las regiones andinas está peregrinando el alma de Cervantes y ha escogido a Ud. para que le lleve la pluma.

Es admirador de usted,

**Francisco Pimentel**

(Firmado)

M.s. original



Bogotá, 15 de Mayo de 1907

**Sr. Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy estimado señor y amigo:

En noviembre de 1903 tuve el placer de conocer a usted, y a pesar de que nuestra única entrevista duró a lo más una hora, a pesar de que después recorrí la República de Venezuela casi entera, y más tarde la del Ecuador recibiendo inmerecidas atenciones en muchas partes, no me he olvidado de usted un solo día, y la razón que tengo para ello es poderosa: me habló Usted con cariño, casi con veneración, de mi padre, D. Ricardo Carrasquilla; hizo elogios de Colombia y de nuestros escritores y poetas, a quienes usted conoce como si hubiera vivido con ellos íntimamente. Por lo demás, de las poblaciones que conozco fuera de mi patria, Mérida debe sernos a los colombianos la más querida, porque allá se nos mira con cariño, y es, a no dudarlo, donde mejor acogida se nos hace.

Si fuera yo escritor o siquiera pretendiera serlo, podría describirle el cuarto en que usted me recibió en su casa: creí, por un momento, hallarme en el escritorio de mi padre. Un estante sencillo con *El Mosaico*, libro precioso hoy en Bogotá, donde apenas existieran cuatros ejemplares: *El Papel Periódico Ilustrado*, algún tomo del *Catecismo de Perseverancia*, y algunas obras escogidas de autores españoles, en puro castellano, entre las cuales estaba, claro está, el *Quijote* en la mismísima edición que tenemos en esta su casa.

Piense usted en que, para un hombre que ama su patria y se encuentra en tierras lejanas, no sólo los individuos nacidos en ella son sus paisanos, sino también las cosas: recuerdo que en Curacao no me atreví a matar un alacrán que encontré en un equipaje, procedente de Santa Marta.

Al llegar del Ecuador, leí en un periódico el capítulo xxiii de “Don Quijote en América,” y sacando por la hebra el ovillo, como diría Sancho, devoré el libro con avidez. Me enseñaron desde niño a admirar la inmortal obra de Cervantes, y consideré, como todo el mundo, una profanación el continuarla; y a pesar de conocer las dotes de usted como escritor, empecé la lec-

tura con desconfianza. Por otra parte, la persona misma de D. Quijote es un amigo de los que hablamos castellano; y creo, como lo decía D. Diego Fallon, que el día del Juicio lo echaremos de menos, cuando pasado el susto, nos demos a reconocer los grandes personajes de la Historia. Esta no es, mi querido D. Tulio, una carta crítica. Es género de literatura que no pienso cultivar, dado que cultive alguno en la vejez, a cuyas puertas no tardaré en tocar; es una expresión de mi cariño y mi gratitud hacia usted.

La obra de usted es un trabajo de increíble audacia, D. Quijote se despertó después de trescientos años de sueño, que no es mal dormir, perfectamente igual, sin más diferencia que el tema de locura; y parece un milagro que haya conseguido usted reunir en una sola persona un conquistador americano de fines del siglo XIX y uno español del siglo XVII en un mismo corazón el positivismo yanqui y la generosidad española.

Cada uno de los capítulos del libro de usted formaría una reputación literaria. Sorprende, sobre todo, que haya logrado dejarle a su héroe un lenguaje de sabor netamente cervantino, tratándose de un renegado y un apóstata, que no es otro el calificativo que el Dr. Quix merece.

Sancho me parece todavía mejor continuado; el mismo tipo cobarde, glotón, egoísta; en cambio, cristiano viejo, fiel a su amo como un perro, y siempre dotado de lo que llaman buen sentido, y que yo no sé si será sentido o si será bueno. Conserva su lenguaje y ensarta eternamente refranes.

Los demás personajes son nuevos, y tienen la cualidad de que todos existen. A. D. Gaspar lo conozco y he tenido el honor de tratarlo; de Policarpo me figuro que habrá un ejemplar en cada ciudad de Suramérica; Macario fue secretario de este su humilde servidor cuando desempeñó una alcaldía, por allá en 1899; el tipo del Vicario es muy conocido en nuestro virtuoso clero. Lo mismo sucede con todo carácter bueno de novela, desde los de *Cassandra* hasta los de *Pax*, novísima obra acabada de publicar aquí.

De las críticas que se han publicado con respecto a “Don Quijote en América”, no he leído sino una carta, en forma de regaño, que le dirige a usted desde Barbada su compatriota Sr. Pedro Fortoul Hurtado. Por cierto que me admiró la mansedumbre y la delicadeza con que usted le contesta. De esa carta sólo una cosa puede sacar en limpio: que el clima de Barbada irrita mucho los nervios y rebota la bilis.

Perdóneme usted esta charla tan larga y sin sustancia, y mande a su afectísimo servidor y amigo,

**Ignacio Carrasquilla**

(Firmado)

M.s. original

Bogotá, Julio 10 de 1907

**Señor Dr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido señor y amigo:

Tengo el honor de referirme a su apreciable carta de 31 de Mayo, empezando por darle las más expresivas gracias por las bondadosas frases con que en ella me favorece.

Esa carta me proporcionó una viva satisfacción, como quiera que para mí es de mucho valor y mucho mérito cuanto venga del ilustrado autor de “Don Quijote en América”. Al abrir ese interesantísimo libro sentí la misma desfavorable impresión que a cualquiera causa su título y la idea de resucitar el personaje inmortal de Cervantes; pero a medida que uno va leyendo, que va apreciando la galanura del estilo y el sabor de la obra española y que va interesándose en la narración, cambia por completo el prejuicio adverso por la entusiasta admiración del autor y de su obra. Además, la tendencia de ella, su fin eminentemente moralizador y practico, la hace sumamente apreciable. Todo eso y mucho más quise decir al concluir la lectura del libro, en mi periódico “Sur América”, que en ese tiempo salía; pero por la premura del tiempo sólo pude escribir el corto suelto que U. vería, reservándome para más luego hablar largamente sobre tan simpático y hermoso libro; mas la suspensión de la hoja por orden del Gobierno, no me permitió hacer nada.

Aprovecho, pues, esta oportunidad para enviar a Ud. mi desautorizada y humilde pero muy sincera y entusiasta felicitación.

Por la amable carta de Ud. he visto que hay entre Ud. y yo algunos puntos de semejanza, que aumentan mi simpatía por Ud. En efecto, somos, con corta diferencia a favor suyo, de la misma edad; ambos hemos sido amantes de las letras, solo que Ud. les ha dado gloria y yo rezagos de contrabando, y ambos en fin, por estudiar algo, seguimos la carrera de la abogacía, solo que yo he tenido que dedicarme exclusivamente a ella para poder sostener mi numerosa familia, dejando mis aficiones literarias para contados ratos libres, mientras que Ud. ha logrado dejar el árido campo de las leyes para florecer e otros más amplios y mejores.

Le agradeceré mucho que me mande cuanto escriba, que yo haré otro tanto, si es que escribo algo que no sea alegatos y memoriales a los Jueces.

Mientras tengo la ocasión de escribir a Ud. más largamente, porque hoy estoy recargado de ocupaciones, me es muy grato suscribirme

Affmo amigo y sincero admirador de Ud.

**Adolfo León Gómez**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

Cúcuta, Agosto 21 de 1907

**Señor Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi querido Tulio:

Tengo a la vista su muy apreciable de 11 del pasado, conforme lo cual veo que recibió oportunamente la última revista enviada.

Me alegro mucho de que se hayan iniciado entre Ud. y el Dr. León Gómez relaciones amistosas con ocasión de la obra que le dedicó éste. Tengo por dicho escritor estimación y deferencia y aún conservo un Drama de él con dedicatoria para mí: ha empezado a publicar ahora un periódico “Sur América” que lo habían suspendido antes, pues no sólo es eximio literato, sino brioso periodista y sobre todo, un gran carácter.

La carta que le ha escrito Max Grillo, a propósito de la defensa que Ud. le mandó, acredita –como Ud. dice– “una prueba de hidalguía literaria”, pero más hace pensar, en lo bien fundada que está la argumentación con que Ud. defiende su obra. De ahí arrancó esa que no erradamente podría llamarse galante palinodia. Esto quiere decir que a la nueva edición del “Quijote” hay que anteponerle tan notable pieza, así como aquella de Fortoul Hurtado, que ha dado margen a la suya...

Su affmo primo

**Luis Febres Cordero**

(Firmado)

M.s. original

San José, Costa Rica

10 de octubre de 1908

**Señor Don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido amigo y respetado maestro:

Tuve el placer de recibir su muy atenta carta, de fecha 14 de agosto último, cuyos conceptos agradezco altamente por lo bondadosos y benévolo. Ellos me obligan de manera muy profunda hacia el notable y erudito escritor venezolano que ha salido enriquecer la literatura Hispanoamericana con obras de mérito indiscutible por un donaire y (ilegible), cuando por lo tendenciosas y doctrinarias. Reclamo, pues, para mi todo el honor de nuestras relaciones iniciadas en buena hora por el Dr. Montesinos, nuestro común amigo, trabajador incansable que, como Ud. ha puesto al servicio de la bellísima causa de las letras americanas, todo el vigor y todos los fulgores de su cerebro.

Me place sobremanera el saber que llegarán a manos de Ud. los ejemplares de mi obrilla, que me tome la libertad de dedicarle, no por lo que el obsequio vale, sino como una muestra de admiración y simpatía hacia el sabio maestro, al creador del excelso Doctor Quix, al cual después de haber paseado a todo su sabor por tierra americana devuelve al cielo de la gloria —de donde, con tan buena mano lo sacó—, haciéndole acometer una nunca vista y descomunal aventura. La espada que costó la cuerda del globo en Mapiche, es la misma espada del ingenioso hidalgo, flor y nata y espejo de la andante caballería, que tan mal pasado y peor trecho dejó al vizcaíno aquel; que tanta sangre, (de vid) derramó en la venta de los pellejos, cuando el enamorado caballero, iba —camino del reino de Berbería, dispensando en amparo y mercedes a la dolorida princesa (ilegible), destronada por el famoso gigante cuya cabeza, juraba Sancho por su ánimo visto por tierra. La lepra del orín no se atreverá, ¡Vive Dios! a destruir la espada de Don Quijote. Usted la encontró tan limpia y tajante, como aquel la tenía el día de la primera salida, y así permanecerá por los siglos de los siglos despidiendo sus brillantes resplandores; y, aunque pienso que muchos profanos desearían

tomarla para ensayar mandobles, tengo para mi santiguada, que no podrían mover un punto, espada tan noble, capaz de rasurarle las barbas al mismísimo sol, si por caso se desmandara el tantico de una ña.

En los primeros días del presente mes contesté al estimable deudo de Ud. Dr. don Carlos L. Febres Cordero, una carta que de él tuve el gusto recibir, y justamente, días después, llegó a mi poder un paquete a tres ejemplares de “Don Quijote en América.”

Me es grato, pues, manifestar a Ud. que he recibido los 21 ejemplares de esta obra.

Quedo entendido de los motivos que pesaron en su ánimo para haber suspendido el envío de su libro, motivos que juzgo muy juntos, y antes bien, le quedo reconocido por ello, pues mucho habría sentido la pérdida o extravío de algunos ejemplares. Cuando Ud. lo tenga a bien, puede disponer el envío de los ejemplares restantes.

Una vez más le protesto mi gratitud por este canje, que si ventaja lleva, ella está indudablemente en mi favor, por la inconmensurable diferencia que existe entre su brillante libro y mi pobre ensayo de novela.

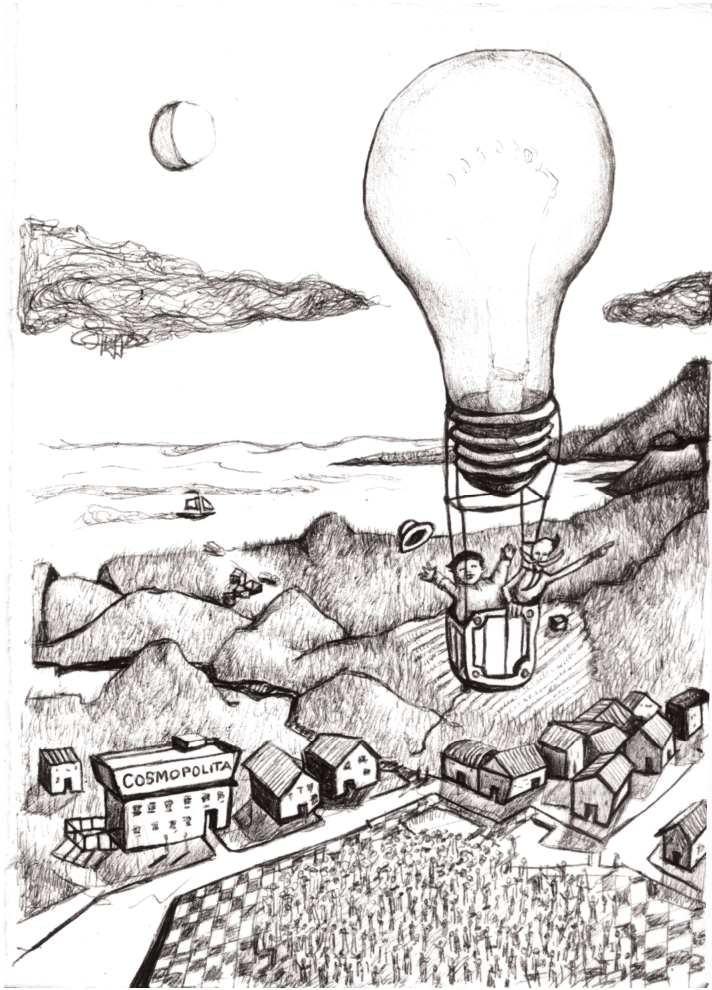
Le reitero mis agradecimientos por todas las bondades de su amistad, y me es satisfactorio hacerle presente el placer que siento en estrecharla.

Cuente, pues, con las seguridades de mi alta consideración, y tengo el gusto de ofrecerme de Ud. su muy atento y seguro servidor y amigo.

**Jenaro Cardona**

(Firmado)

M.s. original



El Tocuyo, 15 de noviembre 1908

**Señor don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Distinguido amigo: Deseo que le haya ido muy bien en un temperamento y que los quebrantos de su salud hayan desaparecido por completo.

Copio enseguida lo que me dice Jenaro Cardona en carta recibida ayer. Por mi parte vería con placer que a usted acomodara la proposición que hace el amigo costarricense:

“Ha días se me ha ocurrido una idea, y abusando de la amabilidad de usted me tomo la libertad de comunicársela, para ver si es posible que usted sea mi intermediario en la realización de ella. Deseo canjear unos cuantos ejemplares de mi novela *El Primo* por otros de “Don Quijote en América.” Estoy resuelto a remitirle 150 ejemplares de mi obra, por 75 de aquélla: sé perfectamente que si se va a apreciar el mérito de una y otro, la mía vale infinitamente menos que aquella joya de la literatura venezolana; pero comercialmente hablando, se puede cambiar oro por cobre, pagando por supuesto la diferencia. ¿Por qué no hemos de hacer este intercambio de nuestros productos intelectuales cuando trocamos cueros de res y otras mercancías? Hay, además, la ventaja de dar a conocer en uno y otro país las obras de un país hermano, y esto conviene a nuestro ambiente y modo de ser. Si el canje a que me he referido fuere aceptado, sírvase decirme cuál es la mejor vía para remitir la caja y a qué punto sería conveniente dirigirla.

A propósito de “Don Quijote en América” he de decirle que me encantó. El señor Febres Cordero ha hecho una creación digna de todo encomio, y un estudio admirable de aquella gran figura, que es como un sol de nuestro sistema literario. Tiene esa obra escenas tan donosamente escritas, que no desdeñaría el mismo Cervantes, entre ellas, la del toro al cual hurgaba Sancho por el rabo con una espina para enfurecerlo, ya que no pudo haber a la mano un par de abejones, para echarlos dentro de las orejas del berrendo, como el propio Dr. Quix se lo había ordenado. El estilo graciosamente arcaico que sostiene el autor en toda la obra, es otro gran mérito, y acusa en el señor Febres Cordero una erudición vasta y un conocimiento profundo de la incomparable obra de Cervantes. Con tiempo disponible discurriría más a

mi motor sobre el libro en referencia, merecedor de un estudio minucioso y detenido, aun cuando no es de mi gusto el ejercicio de las funciones de crítico por varias razones que no enumero por obvias. Me limito, pues, a aplaudir ese libro, que debo a la amabilidad de usted.

Lo felicito por este otro juicio acerca de su obra, que tanto honor refleja sobre las letras venezolanas, a despecho de unos cuantos o mezquinos o envidiosos o ignorantes. El otro ejemplar que me envió está ya en manos del eminente literato cubano Enrique José Varona.

Espero que me conteste para comunicar a Cardona lo que usted resuelva. Me parece claro que, de aceptar usted el cambio, el envío se hará a Maracaibo.

Consérvese bueno y mande a su amigo affmo. y servidor humilde

**Pedro Montesinos**

(Firmado)

M.s. original

El Tocuyo, 11 de febrero 1908

**Sr. Dr. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy distinguido amigo: Le doy las más expresivas gracias por la recomendación de mi correspondencia al Sr. Febres Cordero, Administrador de Correos de Puerto Cabello.

Creo que no le he remitido la copia de lo que dice Arturo de Carricarte acerca de "Don Quijote en América." Aquí va.

Por la prensa sé que prepara usted un nuevo libro. Que salga a luz cuanto antes.

Siempre su amigo affmo.

Pedro Montesinos

(Firmado)

Montevideo

ARTURO R. DE CARRICARTE

"Hace algún tiempo apareció en Venezuela una novela, "Don Quijote en América," en la cual su distinguido autor satiriza a un innovador (Don Quijote moderno) que quería convertir predios abandonados en jardines públicos, corrales inmundos en jardines de aclimatación, hosterías en grandes hoteles, callejas intransitables en avenidas suntuosas, todo esto hecho en breves días. Del espíritu del libro trasciende una ironía despiadada con los innovadores, contra los sinceramente progresistas. Lo que se narra en el libro como sueño insensato, es lo que a diario realizan los yanquis en su tierra, transformando en semanas un yermo en una ciudad o levantando los cimientos de Chicago para impedir que las filtraciones de las aguas en aquel lugar inadecuado socaven los cimientos de los edificios. Es decir, que cuanto expone el libro en cuestión como ridículo y fantástico, como fruto de un

afán inmoderado de progreso, lo vemos practicar cada día en pueblo que no solamente hace esas maravillas, sino que da vida a pensadores como Emerson, literatos y poetas como Edgar Poe y Cooper, pintores como Sergent, inventores como Edison, dibujantes como Dana Gibson...

**Arturo R. De Carricarte**

*El Nacionalismo en América* (Glosa de un libro chileno).

Montevideo, 1909. Página 10.

Colegio Pío Latino Americano

Roma, 12 de marzo de 1924

**Señor doctor don Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi muy respetado D. Tulio

Ayer tuve el gusto de recibir la muy amable carta suya de 3 de febrero pasado, precisamente cuando pensaba en Ud. pues releía a “Don Quijote en América”. Hace ya meses que mi papá me envió esta obra, pero aún no había podido leerla aquí, pues ha estado, como la primera carta de Santiago (el de su libro), de mano en mano. La leía el uno y ya hablaba entusiasmado a los otros y estos a su vez quería conocerla: hube de hacer lista en orden cronológico de los que me la pedían, para poder complacerlos debidamente. Ahora, con la proximidad de los exámenes semestrales, la han dejado libre y así yo, aprovechando una vacacioncita que por motivos de salud he tenido en estos días, he podido releerla.

Si “Don Quijote en América” es obra utilísima en nuestros pueblos, tan ávidos de novedades y extranjerismos, más aún lo es para los que salimos de la Patria, pues no sería difícil que volviéramos con las ínfulas y pedanterías de Policarpo Zúñiga, como ha pasado más de una vez: contra ese

mal o peligro, en “Don Quijote” tenemos un correctivo eficaz y una hermosa admonición.

Aunque había leído varias veces esa obra, pues fue junto con los *Cuentos* de usted una de las primeras que pasaron ante mis ojos en la niñez, cuando atendía mucho a la sal del relato y poco al meollo; no ha sido sino ahora cuando he venido a apreciar el valor indiscutible de ella, porque sólo ahora he comprendido lo mucho bueno que nosotros, en nuestra fisonomía criolla, tenemos y cómo la generalidad de las noticias que por allá sobre el extranjero corren, no son sino globos desmesuradamente inflados por la imaginación. Es verdad que estos pueblos están mucho más adelantados que los nuestros; pero pecado imperdonable sería que no lo estuvieran, dadas las centurias que sobre ellos han caído y los cuantiosos bienes que de civilizaciones ya muertas han heredado. Nuestra América está aún “niña”, como en cierta ocasión decía a este Colegio Pio IX, y sería estupidez exigirle a una niña los conocimientos, gravedad y prudencia de una anciana octogenaria. Y sin embargo ¡cuántos adelantamientos ha hecho en breves años esa niña! Además, en nuestro terruño tenemos cosas tan buenas como las de estos países y quizás mejores: tenemos la fe intacta y pura, las costumbres patriarcales, la generosidad en el corazón y en la mano, en lo doméstico la virtud, la lealtad en el trato, el pundonor en las acciones y lo que esta gente no tiene ni puede tener ya: la juventud de la inteligencia y del corazón, la primavera de la raza. Tenemos una naturaleza ricamente espléndida, ésa que con su pluma de diamante escribió Cecilio Acosta: Aquí son los cielos palacios de luz y de zafir, tienen los mares por asiento perlas, pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos. Lo que sucede es que mientras vivimos en aquel medio, no llegamos a comprender nuestro propio valer, ni a apreciar nuestros tesoros y nos forjamos las mismas ilusiones que los aldeanos con respecto a la ciudad; pero cuando para venir a ésta dejamos la aldea, observamos que las casas son de teja, piedra y cal como las de los campos y algunas peores que las de éstos; vemos que en las calles nace y crece muy lozana la misma hierba del potrero, que se cuecen grandes habas en grandes ollas, que la comida no difiere del sancocho en calidad sino en cantidad, que en la plaza de mercado se venden perejil y naranjas y hasta ajos y cebollas y que la diferencia finalmente se reduce a muy poco: a la riqueza caudalosa de

unos, a la ociosidad de otros, a la magnitud del poblado, al tráfico y bullicio continuos, al lujo en los trajes junto con el raquitismo de los que los llevan, debido a la parquedad excesiva en el alimento y a una que otra máquina curiosa o persona de campanillas. Existen, es verdad, cosas de mucho precio, pero por lo mismo que son tales permanecen escondidas a los ojos profanos, encerradas como joyas en cofre y no es sino con tiempo y trabajo como llegan a admirarse.

De ahí, pues, que sea inexplicable la necedad de los que, habiendo estado algún tiempo en el exterior, a su regreso quieren *europizar* o *yanquizar* a nuestros pueblos con las fruslerías y superficialidades del gran mundo, cosa que no tendría mayor interés que el de la risa, si no fuera un óbice para la verdadera civilización. Esta, en efecto, no se importa, porque no es algo extrínseco, sino el íntimo, armónico y progresivo desenvolvimiento del cuerpo social. Podrá ayudarse a ese desenvolvimiento con medios importados, como al desarrollo orgánico del cuerpo humano se ayuda con el clima y la alimentación; pero jamás sustituirlo por lo que de fuera nos viene por brillante que sea. Eso paralizaría aquel desenvolvimiento, haría lo que los chinos con el pie femenino; encerrarlo para que no crezca, en zapatos de hierro, recubiertos algunas veces de oro y piedras preciosas. Si el *europizar* o *yanquizar* consistiera en ayudar de modo conveniente a aquel desarrollo, ayuda que estribaría en la difusión de los conocimientos y en el fomento de la industria que da riquezas al país y no en la que chupa, pues la civilización ha de ser espiritual y material al propio tiempo; si el *europizar* o *yanquizar* consistiera en eso, entonces bien prodíamos recibir con brazos abiertos a los que tal se propusieran, y, como es claro, no merecerían censura sino clamorosas alabanzas. Pero precisamente se hace lo contrario, como lo indica usted en su obra: se pretende hacer obra de progreso con la introducción de modas serviles no más, moda en el traje, moda en la conversación, moda en las relaciones urbanas, moda en la literatura etc., etc., sin que estas modas coadyuven al verdadero desarrollo del pueblo, pues nada enseñan, nada enriquecen y sí perturban la natural y armoniosa expansión del ser criollo: se pretende quitar al indio la *cobija* de lana, el sombrero de *cogollo*, los calzones de *cotón* y las rústicas zapatillas de *fique*, para ponerle el som-

brero de copa alta, la levita de sedañas solapas, la camisa elegante, los pantalones de paño y los lustrosos zapatos de charol, como si ya con esto bastara para ser un *civilizado* y como si nuestro verdadero progreso no consistiera en hacer que cada día sea más fino el tejido de la *cobija*, se elaboren mejor el *cogollo* y el *fique* y el *cotón*, no sea traído del extranjero, sino traído a fuerza de sudor en *nuestros propios telares...*

Y lo peor es que el indio se ufana con el nuevo vestido y se cree un hombre culto, aunque la ignorancia más supina envuelva en negruras su espíritu; de ahí que olvide el arado que encalleció y ennobleció las manos varoniles de Cincinato para afeminarse perfumándose en las termas de Caracalla... He ahí, pues, como los *europizadores* o *yanquizadores* ponen un óbice a la legítima civilización.

Vistas las cosas a esta luz, “Don Quijote en América”, resulta una obra de importancia excepcional y de mucho más valor que cuantas novelas y libritos de poesías insustanciales salen a la luz pública cada día, una obra eminentemente útil y patriótica con ser eminentemente literaria por lo clásico y castizo de su forma, una obra que merece ser más conocida así por los letrados como por la gente del pueblo, y principalmente por aquellos que durante algún tiempo están fuera del nativo suelo. Debía ser el compañero inseparable de todos los que viajan de Hispano-América a los Estados Unidos del Norte o a Europa.

Gonzalo Picón-Febres en la crítica, a mi parecer demasiado severa, que en su obra “La Literatura Venezolana en el siglo XIX” hace de “Don Quijote en América”, afirma que no bastaba la casa *yanquizada* de Don Manuel para influir en el cambio de costumbres de San Isidro y que, por consiguiente las corrientes sociales contrapuestas no estaban bien reflejadas. Con el perdón y la reverencia debidos a tan alto literato, me atrevo a hacer notar que el eminente crítico no paso quizás mientes por una parte en la noveleería de nuestro pueblo y en su espíritu de imitación que lo lleva a seguir siempre lo exótico, lo cual si en el momento no produce la desintegración de las costumbres, porque esta es obra de tiempo, puede traerla a la posta, dado que a fuerza de imitar llega a convertirse en natural y propio lo que al principio era artificial y postizo, como sucedería ciertamente en el ilustre orador

mismo con parte de su acción y gesto tribunicios y como a cada paso lo confirma, aun en nimiedades, la experiencia; por otra parte, la crítica de “Don Quijote en América” no se dirigía ni dirige a pueblos como Puerto Rico, Cuba y Filipinas hoy, pongo por caso, en donde sí aparecen perfectamente definidas y luchan con fragor las “dos corrientes sociales contrapuestas” de que habla el notable hablista merideño, sino a pueblos como los nuestros en donde el mal apenas si empieza a echar raíces o a abonar el terreno con medios como los expuestos en dicha obra. De otro modo escrita la novela, hubiera resultado *aérea*, impropia al medio, inadecuada a él y, por ende, inútil. Hechas estas observaciones, bien podríamos decir: “*Aliquando bonus dormitat Homerus*”...

Una prueba de lo mucho que influye un elemento advenedizo cuando se cuenta con el factor de la imitación, la encontramos en la actual literatura que priva en la mayoría de la juventud venezolana. A algún *mozo* caraqueño se le ocurrió, casi a fines del siglo pasado, escribir literatura decadente, vinieron después algunos doctores Quix literarios y el mal se ha ido extendiendo hasta tal punto que la generalidad de los jóvenes escritores patrios sólo escriben una literatura artificiosa, churigueresca y extravagante, destinada perecer en breve y que no puede jamás ser el reflejo del espíritu de Venezuela. Y estoy seguro de que esos jóvenes de tal modo se han formado el gusto que no encontrarán deleite sino fastidio en leer una página del grandilocuente Granada, ni aun el mismo genial Quijote de Cervantes; mucho menos, las obras de Luis de León y Teresa de Jesús, o las de nuestro gran Cecilio o de cualquiera otro escritor, como Francisco Lazo Martí, verdaderamente *nacional*. En cambio, tendrán éxtasis leyendo una poesía ininteligible, que peca contra la lógica, contra la métrica y contra la pobre gramática, sino es ya contra la moral también; uno de esos rompecabezas, puestos en líneas desiguales que, por ignorancia en la intención y por ironía en la realidad, han dado en llamar versos... Se me dirá que este es un mal de la época: es esto una gran verdad en tesis general para países en donde la cultura ha llegado hasta el refinamiento y, por consiguiente, la literatura –como reflejo que debe ser de aquella cultura– requiere, a mejor, necesariamente tiene que contaminarse de aquel refinamiento y bizantinismo impe-

rantes y apartarse cada vez más de la hermosa sencillez clásica. Pero entre nosotros, en que la cultura está aún en ciernes, ¿A qué esos refinamientos y bizantinismos? ¿Son ellos acaso distintivo característico del alma nacional que aún está en formación? ¿Cómo puede haber llegado a ese refinamiento un pueblo que ahora no más empieza a vivir *su vida* y a crecer, porque hasta ahora no había tenido el elemento necesario, la condición *sine qua non* del verdadero progreso: la paz?

Lo que ha sucedido es que el indio, quedándose indio mondo y lirondo, se visitó de levita por espíritu de imitación...

He querido tocar este punto de la literatura, porque a propósito de él, "Don Quijote en América" adquiere un nuevo título envidiable, ya que no sólo con el tino y finura de su crítica salerosa enseña, sino con lo que es de mayor eficacia y vale más: sin duda alguna: *con el ejemplo* "Don Quijote en América" es una obra que refleja nuestra tierra como ella es: allí vemos fielmente reproducidas las costumbres patriarcales de nuestros pueblos, la encantadora sencillez de nuestras gentes, la pintura de nuestras gentes, la pintura de nuestras ciudades no saldría mejor de una cámara fotográfica, y sus páginas saben a trigo de nuestros páramos y huelen a frailejón y albricias. Y todo ello puesto en un estilo correcto, clásico y por lo mismo sencillo, que es el que más conviene a nuestro espíritu colectivo en germen, a nuestra alma social en plena juventud; estilo que es como un canto de paraulatas, en los alisos de mi casa solariega, durante una fría mañanita de aguinaldos o de pascuas...

Me perdonará, mi respetado Don Tulio, que me haya ido por los cerros de Ubeda a propósito de "Don Quijote en América"; pero lo he hecho así porque quería manifestarle los pensamientos, que me sugería la lectura de su obra: me haría interminable si le hablara de los sentimientos que me suscitaba al ver en esas páginas mi "tierruca", ese que jamás se va del corazón y la memoria, porque un recuerdo va unido al de nuestros padres que nos dieron el ser y al de la iglesita en que Dios se nos dio por la primera vez.

Quería además rendirle un testimonio de mi aprecio y admiración.

Con aquellos pensamientos, pues, y con estos sentimientos, tuve el gusto de recibir su amable carta (añado ahora el principio de ésta). Le agra-

dezcó muy de corazón las palabras de felicitación que dirige: yo las considero como una prueba más de su proverbial benevolencia y como una voz de estímulo.

No sé cómo expresarle mi gratitud por el generoso envío de los imatipos: Ya los he hecho ver de algunos y todos no tienen sino palabras de admiración y alabanza.

Como me habla de mi carta a Mons. Silva en que hacía la reseña de la visita de Alfonso XIII al Colegio, le envío el folleto que con tal motivo se ha publicado; por él se impondrá mejor de ese acto, pues mi carta ni sé cómo estaría porque no la recuerdo sino en globo y el Boletín no me ha llegado aún.

Le suplico perdone el tiempo que le he hecho perder con esta carta: es una de mis locuras de muchacho. Pido al Señor por la salud, felicidad y consuelo de Ud. y de todos los suyos.

Le reitera la expresión de su admiración y l.b.l.m. su servidor que se vanagloria en contarse entre sus amigos,

**J. Humberto Quintero**

(Firmado)

M.s. original

Esta carta fue publicada en:

El Diario, Carora.

Lunes 28 de abril de 1924.

Año VI N° 1387 pp.1, 3

San Cristóbal, 26 de diciembre de 1931

**Señor doctor Tulio Febres Cordero**

Mérida

Mi distinguido amigo:

Oportunamente recibí un ejemplar de “Don Quijote en América”, el celebrado libro de que es usted autor y en que he admirado, al par de sus dotes de escritor castizo y elegante, la intención americanista que persigue.

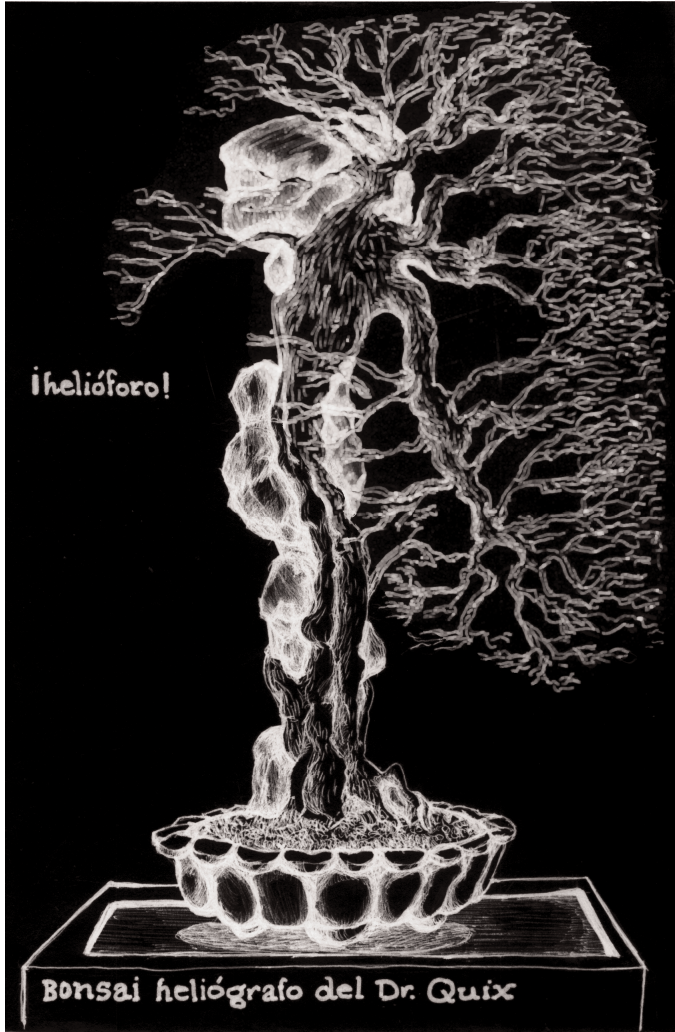
Nuestra América necesita de libro como el suyo, máxime, en esta hora de desconcierto general, cuando el exotismo pretende introducirse en todos los sectores del país, con menoscabo de nuestra propia fisonomía que debemos conservar a todo trance.

Al dar a usted las más cumplidas gracias por su valioso obsequio, hago propicia la oportunidad para ratificarle los sentimientos de la más alta y distinguida consideración con que soy, su muy atento admirador y amigo,

**Amenodoro Rangel**

(Firmado)

M.s. mecanografiado



Don Quijote en América

**Sr. Dr. Antonio S. Briceño**

Ciudad.

Estimado amigo:

Vengo a complacerlo.

No tengo autoridad para hacer un juicio crítico, pero sí tengo conciencia para llevar mis impresiones al papel. He de confesar que antes de leer el libro, cuyo título encabeza estas líneas, tuve duda por el éxito de la obra y dije para mis adentros: ¿no hubiera sido mejor un título más humilde y de menos trascendencia que el de Don Quijote?

Indudablemente que hasta en los lectores menos apasionados, surte un efecto sorprendente en título que ha recorrido el universo entero en alas de la fama y que a través de tantos siglos ha podido conservar un prestigio invulnerable; al ver el nombre se espera una obra gigantesca y sucede en estos casos, como con los oradores que suben a la tribuna ovacionados por el trueno del aplauso: van comprometidos doblemente de antemano.

Pensando así y poniendo, por lo mismo, toda la atención para no dejarme llevar por una sugestión, hasta cierto punto injusta, principié a leer a “Don Quijote en América” por el Dr. Tulio Febres Cordero.

En la “Advertencia de la primera Edición” y en el “Prólogo” revela el autor que ha comprendido lo peligroso del título y se adelanta al juicio del lector para evitar falsas interpretaciones.

Efectivamente. Se encuentra en cada página de libro un rasgo noble de verdadero patriotismo y se comprende sin gran dificultad que todo, menos la ambición a gloria a una pretensión absurda, ha sido la causa de aquella obra.

El estilo correcto y fácil nos permite la lectura sin causar ese cansancio que producen a veces las imágenes confusas y formas estrambóticas, aunque sí creo advertir que no tienen los últimos capítulos ese vigor y fuerza de ingenio que se nota en los primeros y que bien puede confundirse con el estilo cervantino.

Cada párrafo encierra una enseñanza, en que el autor, sin herir y con ironía sutil, descubre el velo de aparente progreso con que cubrimos nuestras faltas, y las somete a su crítica sensata.

Sí me ha parecido algo inverosímil el viaje del Dr. Quix en bicicleta por terrenos montañosos y variados, porque, podrá haber progresistas insensatos que piensen en medios de transporte que todavía no se avengan a nuestras poblaciones y caminos; pero, para llevar a cabo sus grandes pretensiones tendrían que gastar inmensas sumas de dinero y poner primero los caminos en condiciones de recibir la visita augusta del Progreso, mientras que en este caso el Dr. Quix, sin más esfuerzo que el de su voluntad, realiza el milagro de pasar por colinas y atravesar montañas, caballero en bicicleta.

Encierra también la obra que me ocupa, una bonita historieta de amor, que aparentemente no tiene nada que hacer con la índole del libro y que bien pudiera hacerse con ella una novelita aparte; mas, sin embargo, su tendencia es la misma que la de todo el libro y nos prueba en ella el autor la conveniencia de educación según el medio y la gran dificultad de amoldarse otra vez a nuestras costumbres, conque tropiezan los jóvenes ilusos, que, por haber visitado otros lugares allende los mares, ya se creen demasiado grandes para caber en el pueblo donde nacieron, haciéndose por fuerza desgraciados.

“Don Quijote en América” revela en el autor, grandes dotes de observador, una inteligencia clara e ingenio y sutileza para descubrir errores sin herir grupos ni personalidades.

“Don Quijote en América” será consagrado por el tiempo; y el verdadero patriotismo que lo concibió ha de ser gloria de su autor.

**Pedro Agustín Dupouy**

Sin referencia hemerográfica

**Sr. D. Tulio Febres Cordero**

Mérida

Muy Sr. Mío:

Adjunto unas ligeras impresiones que le ruego aceptar más que por su bondad por la buena fe que me guió al escribirlas.

Con esta misma fecha le remito al Sr. Ángel, doctor, escritor y académico y uno de los valores más representativos de la actual generación literaria, el ejemplar de su obra que usted nos envió, a fin de que caso de no conocerla pueda apreciar sus exquisiteces y remitirnos a esta redacción algún comentario, toda vez que este estimado amigo, es el representante tanto de El Mundial en la capital de España.

Al mismo tiempo le agradeceré que se sirva decirme a vuelta de correo el valor de un ejemplar de su obra, pues estimo en lo que vale su Cuarta Salida y no quisiera que faltase en mi corta colección.

En el próximo mes cumple este diario su aniversario y mucho estimaríamos su colaboración para el número extraordinario que estamos preparando.

Al agradecerle su delicado cuanto valioso obsequio aprovecho la ocasión para ofrecerme de Ud. muy att<sup>o</sup> y s.s. q.s.m.b.

**José Arnau**

(Firmado)

M.s. mecanografiado

IMPRESIONES DE UN LECTOR.

La cuarta salida de D. Quijote

Si el señor Febres Cordero hubiese vivido allá por el siglo XVI y hubiera publicado en esa época su “Cuarta Salida de Don Quijote”, es muy probable que el “Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes” no hubiera fustigado su obra con tanto ahínco como lo hizo con la de aquel desafortunado escritor natural de Tordesillas y que se llamó en vida Alfonso Fernández de

Avellaneda. Es muy probable que pasada la natural sorpresa de la ingeniosa “resurrección”, los elogios por el acierto con que están trazados los inmortales tipo cervantinos, hubieran salido francos y sinceros de la boca del mayor Ingenio de la época.

Esa maravillosa aventura del tigre electrizado, bien vale, por su grajeo y su impecable estilo –el impecable estilo que campea en toda la obra un capítulo cervantino. Por sí sola, acreditaría de escritor, a otro que no fuera el señor Febres Cordero, sobradamente acreditado como tal.

Con el maravilloso empaque clásico de los grandes orfebres del idioma, su estilo, –nunca arcaizante– conserva lozanías y auras de juventud. Al adentrarnos en la lectura de su obra evocábamos, con reverente emoción, las purezas idiomáticas de los grandes estilistas de nuestros días, Valle Inclán, el moderno manco; Azorín, el acertado cantor de los Pueblos; a ratos, el melífluo y puro estilo de Ricardo León y en todo momento los delicados encajes de Ricardo Miró, aquel maravilloso estilista de nuestro idioma, tan pronto ido para duelo de nuestras letras.

El libro cuya agilidad expositiva sortea con toda fortuna las enormes dificultades del tema abunda en sesgos donosos, que el autor se complace en animar, agudizando su ingenio en la necesaria concisión. Se llega al final sin que el escritor abandone un solo instante su sonrisa jovial ni su optimismo humorístico.

Al amparo de un sano criterio rigurosamente objetivo, establece la más estrecha censura sobre su propia labor, en evitación de alguna flaqueza. Agiliza la narración, y el léxico es rigurosamente seleccionado, hasta adquirir purezas no comunes.

No desdeña las viejas formas –la índole del tema lo requiere–, siempre que ellas le sirvan para exponer con sencilla naturalidad, sencillos temas.

En nuestra opinión no es lo más importante de la Cuarta Salida la acción de la novela –con serlo mucho– cuyo interés no decae ni un solo instante, es la forja de los caracteres, la adaptación, la resurrección de los dos tipos eje del asunto los que por ser sobradamente conocidos, entrañan tantas dificultades, Don Quijote, sufre la metamorfosis de acuerdo con las ideas de la época, sin dejar de ser el ingenioso loco, capaz de las mayores locuras, excentricidades, diríamos mejor, para marchar más de acuerdo con el léxico de nuestros días.

Sancho, el señor d'Argamasille, es el mismo rústico, avaro y egoísta, tipo mucho más de nuestra época utilitaria que de la caballeresca del siglo XVI.

La descripción rica en colorido y plena de aciertos, se anima y cobra solemnidad insospechada en ciertos parajes, la descripción de la naturaleza tropical entre otros, y siempre en feliz contraste con estas bravías estampas, se destacan los perfiles finísimos en que el idioma se estiliza y afligrana, convirtiéndose en devocionarios de sensaciones líricas, donde la nota humorística, acecha con regocijante travesura a la vuelta de cada página.

En definitiva, un novelista ducho en el arte de graduar perspectivas, combinar las escenas y conducir la acción a un insospechado desenlace, sin que la fábula pierda interés, condición indispensable ésta, para tener sujeta la atención del lector hasta la última línea de la novela. Un espíritu selecto agilizado en el servicio de diversas actividades culturales, sólidamente preparado para la literatura; en él se aúna el periodista de nervio habituado a la lucha y el sociólogo ejercitado en las claridades objetivas de las perspectivas políticas, y dejando entrever a través de su obra el ritmo sereno y noble de una vida plena de actividades que cautivan el ánimo del lector haciéndole concebir respeto y simpatía por su autor.

Cuando murió Don Benito Pérez Galdós, fue opinión de ese artífice del idioma que se conoce en el mundo de las letras con el nombre de Don Antonio Zozaya, que la pretensión de criticar la obra del gran escritor hispano era empresa superior a la inteligencia humana.

Tal nos ocurre a nosotros al terminar la lectura de Don Quijote en América, la obra máxima del excelente escritor merideño Don Tulio Febres Cordero; sentimos por un lado la atracción del asunto y de otro el temor de que se nos tache de pretenciosos, por haber emprendido una tarea muy superior a nuestras fuerzas.

Es por eso que hacemos la oportuna salvedad. Estas líneas sólo son las impresiones sinceras de un lector enamorado de nuestro idioma, jamás un juicio crítico.

**Pepe Del Turia** (José Arnau)

El Mundial, Valencia, Venezuela, Noviembre de 1931